

de la conferencia dictada en el Ateneo coruñés en 1885, por tanto en un contexto regional, y ante la necesidad de argumentar con hechos para convencer a sus paisanos de las diferencias entre el renacimiento gallego y catalán, doña Emilia procede a cotejar también la significación e importancia que la institución de los *Jocs florals*, restaurada con su carácter tradicional y su sentido histórico había tenido en la *Renaixença*. Subrayando el valor estratégico de dicha institución, que había sido a la vez poderosa palanca de lanzamiento cultural, escuela de aprendizaje lingüístico-literario y verdadero olimpo para los poetas que habían disputado el diploma de *maestros en gay saber*. Mientras, por el contrario, lamenta que los primeros Juegos Florales, organizados en Galicia por Añón en 1862, contemplados como aurora esperanzada del renacimiento cultural galaico, se habían extinguido sin dejar prácticamente huella.

No será esta la única vez que doña Emilia lamente el desarrollo inferior de su cultura y se pronuncie admirativamente no sólo sobre el crecimiento cultural de Cataluña y sus instituciones o de, manera más amplia, sobre el grado de progreso cultural y social alcanzado por la sociedad catalana, ya en 1901, en un discurso mucho más político que literario, leído en los Juegos Florales de Orense, evoca de nuevo la importancia decisiva que tuvo dicha institución en el panorama cultural, aunque disienta de su derivación hacia el regionalismo político: «Tuvieron en España los Juegos Florales, desde su restauración en Cataluña, a mediados del pasado siglo, la circunstancia de ser un fenómeno centrífugo, que llamaba hacia el cuerpo la savia literaria condensada en la cabeza. Aun hoy, cuando la corriente que los trajo ha pasado de la esfera literaria a la política» (Pardo Bazán, 1901). Pero es de nuevo la correspondencia con los intelectuales catalanes más señeros la que aporta abundante información sobre estos aspectos, pues como se ha indicado anteriormente, en 1879-80, en el epistolario con Víctor Balaguer reconoce en varias ocasiones el valor de la cultura catalana, a la que años más tarde ella aportaría una pequeña contribución con la traducción del poema «Anyorament» de *Lo gaiter del Llobregat* (1841), de Rubió i Ors, en la edición prologada por Menéndez Pelayo para la políglota de Barcelona (1889). Traducción que resulta reveladora del interés de doña Emilia por la poesía catalana, a la par que evidencia el conocimiento de un libro fundamental en el panorama de la *Renaixença*, pues el prólogo de Rubió a la mencionada recopilación de poemas, publicados inicialmente en el *Diario de Barcelona* (1839-1840), se considera uno de los primeros textos programáticos de la *Renaixença* literaria, por su defensa de la lengua y la literatura propia, que necesariamente debía desembocar en la restauración de los Juegos Florales y en la recuperación del *status* de literatura culta.

De manera más intensa y continuada, aunque en tono marcadamente confidencial, Doña Emilia toma el pulso a la cultura catalana en la abundante correspondencia con Narcís Oller a lo largo de la década de los años ochenta, años indudablemente decisivos tanto en la carrera narrativa y crítica de la autora coruñesa como del novelista catalán, coincidentes con la evolución y desarrollo de la estética naturalista en España. Las reflexiones y juicios teóricos sobre la lengua que habían vertebrado sus diferentes trabajos sobre el regionalismo encuentran su contrapunto práctico en la crítica que podríamos llamar privada o confidencial del epistolario con el novelista catalán. El primer juicio de los que jalonan la atención con que doña Emilia siguió la trayectoria narrativa de Narcís Oller data de 1883 y allí, siguiendo muy de cerca dictados tainianos al parangonar conceptos como raza y lengua como signos distintivos de la cultura de un pueblo, escribe:

Siento haber ofendido la majestad del idioma catalán llamándole dialecto. Estas cuestiones filológicas me son muy conocidas porque aquí en Galicia tenemos también una escuela que reclama para el gallego los honores de idioma y afirma que el verdadero dialecto es el castellano —figúrese V.—. Yo creo que en el sentido general y vulgar de la frase, *dialecto* es todo lenguaje usado por un pueblo que no forma nación. —Rigurosamente, dialecto es un lenguaje que tiene origen común con otros; y en este sentido, el catalán y el provenzal, aunque *dialectos* ambos del latín son tan *idiomas* como el toscano, vg. y el francés—. Vana lucha, sin embargo, la de los idiomas parciales con el total. Aquí hemos visto su esterilidad. En el país de Macías todo el mundo habla, o procura hablar, castellano; y en el país de Ausias March la prosa castellana se cotiza tan alto como la indígena. Sentiré herir con estos juicios su legítimo orgullo de raza, que comprendo y disculpo. Mas no puedo desconocer que V. mismo gozaría de mayor renombre si escribiese en el idioma nacional. La dificultad de leer catalán hace que su preciosa *Papallona* ya no se lea todo lo que debiera leerse. (Mayoral, 1989; p. 400).

El concepto de dialecto esbozado en este fragmento epistolar resulta del todo coincidente con las tesis que doña Emilia había expuesto en público por las mismas fechas, en diferentes trabajos teóricos sobre el regionalismo tanto literario como político, ya citados. Y en cuanto a las objeciones lingüísticas a las obras de Oller, se repetirán con variaciones en las sucesivas cartas, que la autora intercambiará con el novelista catalán. Así con motivo de la traducción de la mencionada novela de Oller al francés por parte de Albert Savine, con elogioso prólogo de Emile Zola, vuelve indirectamente sobre el problema lingüístico, al señalar que será paradójica-

mente a través de la traducción francesa que más de un español decidirá por fin «enterarse de *quien es Oller*». La publicación a principios de 1884 de *L'escanyapobres*, premiada en los Juegos Florales del mismo año, es de nuevo motivo de comentario para doña Emilia. Así, tras felicitar a su autor por haber trazado un estudio «sobrio, enérgico, muy bueno», ya en la posdata de la carta y de manera interpuesta, pues pone el juicio en boca de su padre, escribe: «Tengo también que añadir que mi padre, después de leer su preciosa novelita de usted me dijo: –Mujer, por Dios, escríbele a ese amigo catalán que ponga la novela *en cristiano*, que tendrá un éxito grandísimo; está divinamente hecha, sin perdonar detalle y representa cantidad de talento para tres novelas de las que se publican y aplauden en castellano. Yo trasmíto» (Oller, 1962; p. 73).

La correspondencia ininterrumpida y fecunda en opiniones y juicios literarios vuelve a recalar en sucesivas ocasiones en la cuestión lingüística, pues la autora gallega, a quien Yxart, director literario de la barcelonesa editorial Cortezo, había recomendado pusiera como prólogo a su novela *Los Pazos de Ulloa*, unos «Apuntes Autobiográficos», donde explicase su formación como novelista, respetaba y comprendía, aunque no compartía que Oller, pudiendo escribir en castellano, redactara sus novelas en catalán, lengua familiar y en la que se había educado, pues lo seguía considerando un obstáculo para la difusión de las novelas. Creo que sólo hay un momento en el epistolario entre ambos autores en que doña Emilia, sin soslayar el asunto, no hace de la lengua en que está escrita la novela cuestión fundamental: se trata de gestación de *La febre d'or*, y quizás fuese porque por primera vez el asunto de la obra era más cosmopolita, más urbano, con semejanzas temáticas evidentes a *L'argent* de Zola, por lo que la autora, buena conocedora de la trayectoria del novelista catalán, le anima a que termine la obra y la publique con estas significativas palabras: «Ánimo y a ello, amigo mío; usted va dejando ya de ser un novelista catalán y se le tiene a usted en el concepto que merece; no pierda usted estos hermosos años de vigor cerebral» (Oller, 1962; p. 100), lo que equivalía a reconocer que con la última novela Oller había conseguido, a pesar de la lengua, traspasar los límites de la novela regionalista, para convertirse en un gran novelista comparable a los grandes autores españoles o franceses de la corriente realista decimonónica.

El epistolario se convierte a menudo también en una fuente de noticias de indudable valor sobre otros aspectos ancilares de la cultura y la vida cotidiana en Cataluña que no es posible desarrollar aquí. Sólo mencionaré a vuelapluma la importancia y el valor que doña Emilia concede a las opiniones de la crítica catalana, practicada entonces con indiscutible talento

por Yxart y Sardá, en los que la autora coruñesa reconoce no sólo formación y buen gusto sino la capacidad de expresar en su lengua los más sutiles conceptos de crítica y estética, nueva prueba del fecundo desarrollo y la flexibilidad alcanzada por la lengua catalana. La correspondencia con Yxart es espejo del respeto que doña Emilia tenía por las opiniones del crítico catalán, al que compara por su talento, sensibilidad y agudeza con Larra, y al que en más de una ocasión le pide juicio no sólo privado sino público sobre *De mi tierra, Insolación o Morriña*, así como le anima a que colabore en la prestigiosa revista de Lázaro Galdeano, *La España Moderna*. También en el género poético el epistolario de Oller refleja en sucesivas ocasiones la conmoción que siente la autora gallega leyendo a Verdaguer, no sólo al poeta épico de *La Atlántida* sino también al poeta lírico y religioso de los sublimes *Idilis* o de sus cantos místicos, así como el interés y la curiosidad que en ella despierta la lectura de *El Reliquari* de Matheu. Por último, de la lectura atenta del epistolario se desprende el respeto y la profunda admiración de Emilia Pardo hacia Milá y Fontanals así como hacia Rubió y Ors, ambos profesores de la Universidad de Barcelona, con los que aspira a mantener contacto e intercambio cultural, tal como le comenta a Oller, a quien le incita a tomar la iniciativa para fundar una sociedad de *Folk-lore* «secundado por Milá, Verdaguer, Ixart y tanto bueno como hay». Este interés por el folclore estaba estrechamente ligado al hecho de que ella misma había fundado la Sociedad de Folklore Gallego y había colaborado en la *Biblioteca de las tradiciones populares*, que bajo la dirección de don Antonio Machado Álvarez, publicará once volúmenes. El trabajo de nuestra autora había aparecido en el tomo IV, correspondiente a 1884.

En conclusión, del forzosamente sintético y rápido muestreo de juicios sobre la lengua catalana y de las opiniones sobre la producción cultural de Cataluña, se desprende en primer lugar que la autora coruñesa respetaba pero no era partidaria de la utilización del catalán como lengua literaria, teniendo la posibilidad, como ella defendía, de utilizar el castellano, que era a su juicio la lengua más rica, flexible y generosa de las neolatinas que se hablaban en la península, además de por otras razones de orden sociológico e incluso comercial, pues insiste siempre en la necesidad de hacer llegar las obras al mayor número de lectores posibles. En segundo lugar, conviene también señalar que, a pesar de las escasas simpatías que sentía hacia el regionalismo político, pues a su juicio siempre encubría gérmenes de separatismo, no duda en reconocer la superioridad de la *Renaixença* catalana, así como la valía de sus autores más representativos, con los que mantuvo siempre una extraordinaria relación de respeto, amistad, fecundo intercam-

bio cultural y lúcido diálogo sobre las letras peninsulares y europeas. También de algunos de los textos mencionados se deduce una admiración profunda por el cosmopolitismo y europeísmo de la ciudad de Barcelona, así como la belleza de sus alrededores, la Abadía de Pedralbes, la ascensión a Vallvidrera, el paseo de Arenys de Mar, el camino serpenteante hacia el Cau Ferrat de Sitges y Vilanova y Geltrú, la mágica perspectiva desde Montserrat, de los que dejó páginas extraordinarias, como las contenidas en *Al pié de la torre Eiffel*, en su evocación desde la Exposición de París, donde escribe: «Y Barcelona misma. Esta ciudad es la más hermosa de España, y sin duda el día que consiga extenderse del Llobregat al Besós, podrá competir con las mejores de Europa y América. ¿En qué ciudad de mi patria podía celebrarse una Exposición Universal? Seamos francos: calle Madrid; ríndase Bilbao; en ninguna. Ella es la única donde el espíritu comercial y cierto simpático cosmopolitismo hicieron posible esta solemnidad moderna» (Pardo Bazán, 1889; p. 69). Palabras que ilustran perfectamente el entusiasmo de la autora gallega, quien desde ideas conservadoras, desde su amor a la tradición y su irrenunciable españolismo, «los años pasan y en vez de gastarla endurecen y descubren en mí la veta española» —escribe a Yxart a la altura de 1890—, supo apercebirse con agudeza del espíritu nuevo que animaba todos los ámbitos de la cultura y la vida de Cataluña en el siglo XIX.

Bibliografía

- DÍAZ LARIOS, Luis: «Víctor Balaguer/Emilia Pardo Bazán: páginas inéditas», *Anales de Literatura Española*, n. 6; Universidad de Alicante, Alicante, 1989; pp. 204-213.
- HORST, Hina: «Regionalismo. ¿Amenaza a la unidad nacional o camino de regeneración? La polémica entre Núñez de Arce, Almirall y Mañé y Flaquer», *Castilla y Cataluña en el debate cultural, 1714-1939*. Barcelona, Península, 1986.
- MAYORAL, Marina: «Cartas inéditas de Emilia Pardo Bazán a Narcís Oller». *Homenaje a Antonio Gallego Morell*. Granada, Universidad de Granada, 1989; pp. 389-410.
- PARDO BAZÁN, Emilia: «La poesía regional gallega» (2- IX-1885), en *De mi tierra*, La Coruña, Tipográfica de la Casa de Misericordia, 1888; pp. 3-47.
- : «¿Idioma o dialecto?» en *De mi tierra*, La Coruña, Tipográfica de la Casa de Misericordia, 1888; pp. 351-362.

- : *Al pie de la torre Eiffel*. Madrid, Administración s/a. (1889).
 - : «Un libro de Rubén Darío sobre España», *La Ilustración Artística*, (1-IV-1901), en *La vida contemporánea (1896-1915)*. Ed. de C. Bravo Villasante. Madrid, Novelas y Cuentos, 1972.
 - : «Discurso leído en los Juegos Florales de Orense» (7-VI-1901). Madrid, s/a.
- OLLER, Narcís: *Memòries literàries dels meus llibres* (prólogo de Gaziell), Barcelona, Aedos, 1962.
- TORRES, David: «Veinte cartas inéditas de Emilia Pardo Bazán a José Yxart», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, LII, 1977; pp. 383-409.